

¡PASIÓN POR EL CAMINO!

El día empieza con un "Buenos días, señores". Abro un ojo y es de noche. Son las seis. Estoy confuso. ¿Dónde estoy? Se encienden unas tenues luces. Apenas veo. Me duele todo. Casi no he dormido. Me visto. Me pongo las botas e intento ponerme en pie ¡Dios mío qué mal estoy! Recojo la ropa y la meto en la mochila. Mi madre me dijo que fuese ordenado, pero hoy no puedo. Leche calentita en el frescor de la mañana. Alguien sonrío y me dice que "soy una joya" ¿se referirá a mí? Hay una torre de mermelada, nadie la coge. Nadie habla. Es de noche y empieza a despuntar el día. 32 kilómetros. ¿Han dicho 32 kilómetros? Echo una mirada a la furgoneta. Pero, eso está vedado. Me subo la mochila y empiezo a caminar. Sigo a los demás. Todos van en silencio. Me sacan una foto y esbozo una sonrisa. El que va a mi lado me pregunta que qué tal estoy y le contesto con un gesto indefinido. Levanto la mirada y entre la visera de mi gorra, veo el sol que empieza a pintar de colores el paisaje. Y entre verdes y ocres voy imaginando una postal en mi cabeza. Ahora viene una subida y mi esfuerzo es mayor, luego un puente y un riachuelo donde se refleja la silueta de mis compañeros al pasar. La mochila me pesa, pero aguanto. Miro adelante y veo el vaivén de mochilas que suben y bajan al ritmo cansino de las pisadas. Es una ola de colores fundida entre el verdor del paisaje. Me quito ropa, porque empieza a hacer calor, y me pongo protección en la cara, brazos y piernas para no abrasarme. ¡Es agradable sentir el frescor del viento sobre mi piel!

Ha llegado la hora de los frutos secos: cacahuetes, pistachos, pasas y sobre todo agua ¡bendita agua o agua bendita!

Cuando vuelvo a caminar la mochila me pesa aún más y mis músculos ahora fríos me empiezan a doler. Sigo compartiendo pisadas, gestos, emociones. Los que van a mi lado no paran de hablar, de reír. Anécdotas y más anécdotas. Yo no hablo mucho, prefiero escuchar, pero en mi cara se refleja el flujo y reflujo de las conversaciones. Sólo una sonrisa o una mirada son suficientes. Me ofrecen agua y acepto. Está caliente pero revitaliza. ¡Es el placer de las pequeñas cosas! Estamos atravesando un bosque y la sombra y fragancia de sus árboles me transportan a un lugar de fantasía, como si de cualquier árbol fuese a salir un duende o una princesa. Respiro aire con fuerza y mis pulmones se llenan de un aroma puro y vitalizador.

A lo lejos se oye el canto de un grupo que empiezan una canción que no terminan. ¡Hay vida en el grupo! Han pasado ya dos horas desde que paramos y ya no debe quedar mucho para la sandía ¡qué alivio cuando llega ese momento! Llevamos 18 kilómetros y esa sandía, que en casa no me gusta, aquí me sabe a cielo. Algunos están "reventados" y duermen, otros sacan fotos a los reventados. Yo sigo observando y grabando en mi mente miles de sensaciones.

¡Vamos chicos, que ya no queda nada! Es la arenga de alguien que va en furgoneta. No me lo creo. Aquí los kilómetros no son de mil metros, son mucho más. Hace calor y el camino tira hacia arriba y está lleno de polvo. ¡Queda lo peor! Sigo andando como un robot. Camino por la inercia del grupo. Mi compañera está desfallecida, no puede más. Se quita la mochila y se

sienta. Yo hago lo propio. El grupo nos adelanta y todos nos dicen algo. Me cuesta dibujar una sonrisa y a veces digo "gracias". Nos quieren llevar la mochila, pero ¡eso sí que no! No he venido a dar un paseo, sino a empaparme de la dureza del camino. Cuando llegan los últimos, me acoplo a ellos. Me dan unas cerezas y agua y me vienen muy bien. La conversación es amena y agradable. Me preguntan cosas y me obligan a contestar y se me hace llevadero. Entonan unas canciones que desconozco, pero transportan mis pensamientos y me olvido de mis pies, mi espalda y mis rodillas. Me dejan un bastón y camino mejor. Todo son delicadezas conmigo. Me ofrecen más cerezas, agua, protección solar, ayuda con la mochila ¿por qué? -me pregunto.

Al poco rato llegamos al final de etapa. ¡Por fin! Me quito la mochila y me siento nuevo. Me pongo el bañador y hago una inmersión en aguas gélidas. Salgo congelado pero he recobrado el optimismo. Ya estoy como nuevo. Un bocata de bonito y tomate y otro de chorizo. Los devoro con ganas a la sombra de un árbol centenario. Algún samaritano me ofrece una bota con limonada y cerveza fresca, muy fresca y no veo el momento de quitar el chorro de mi boca. Alguien me la quita y espero el momento dorado de repetir. Después de comer, muchos duermen exhibiendo en sus caras los rictus más inverosímiles. Alguien los inmortaliza en una foto. ¡Qué mala idea! Al caer la tarde nos dirigimos al albergue. Ducha, ropa limpia, cena, unos bailes y a dormir. Cien sacos multicolores que al cerrar sus cremalleras envuelven cien cuerpos, toneladas de cansancio e infinitas ilusiones.

El "profe", con bigote blanco que nos despertó esta mañana, nos acuesta por la noche: ¡Vamos, señores, que vamos a apagar las luces! ¡Cállense!

El murmullo va decreciendo. Se oye el carraspeo de alguien o las risas del último chiste de otro. Cuando se apagan las luces, las tinieblas vagan errantes por el ambiente. Mi cuerpo está cansado, pero mi corazón está intacto. Ya no se oye nada. Suena un móvil y se recrudecen las risas. ¡Ya está bien, señores! -vuelve a decir. Y se hace el silencio y Morfeo nos envuelve. Enciendo una linterna dentro del saco y sigo escribiendo. Mi compañera de viaje, que duerme a mi lado, me pregunta qué hago. Pongo luz con mi linterna en su pelo rubio y en sus ojos azules y le digo que estoy escribiendo. "Duerme que mañana es otro día muy duro" -me dice. Adiviné en sus ojos la alegría de compartir esta experiencia conmigo. Le doy un beso en su mejilla de cera y veo que se ríe. Apago la linterna e intento dormir.

¡Nadie me va a robar estos días con mis amigos!
¡Nadie me va a robar la alegría profunda de mi alma!
¡Nadie me va a robar el sentimiento de cariño por los demás!

¡Nadie me va a robar estas lágrimas de felicidad!
¡Nadie me va a robar mi pasión por el camino!
¡Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén!

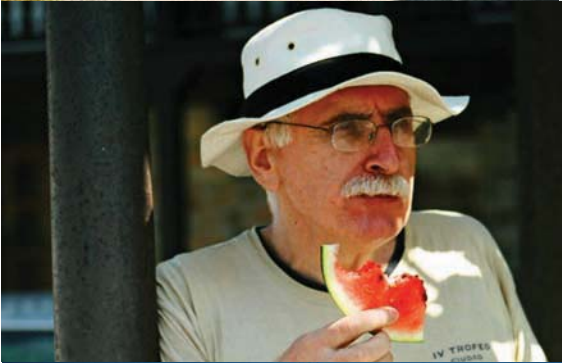
¡Si no rezo no me puedo dormir!

José Antonio

C A M I N

S A N T I A G

O
O



d e

